

HERCULANO ALVES

SÍMBOLOS EN LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2024

Tradujo Luis Rubio del original portugués *Símbolos na Bíblia*

© Difusora Bíblica, Fátima 2001

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2007

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2235-6

Depósito legal: S. 29-2008

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Introducción: El lenguaje simbólico</i>	9
Aceite (óleo)	19
Agua	29
Altar	41
Ángeles	55
Árbol	69
Banquete	83
Camino	97
Casa	105
Copa (cáliz)	115
Corazón	125
Cordero	137
Cruz	147
Desierto	161
Esposo (Dios)	171
Estrella	183
Fuego	195
Incienso	211
Levadura	225
Libro	235
Luz	245
Madre (Dios)	257
Maná	267
Mano (de Dios)	275
Mar	287
Montaña	297

Niño	307
Nombre	317
Nube	327
Padre (Dios)	337
Paloma	347
Pan	361
Pastor	371
Peregrinación	381
Perfumes	393
Pez	405
Piedra	419
Puerta	431
Sangre	441
Sello	453
Semilla	459
Sol	467
Templo	477
Tiempo	493
Tienda	505
Viento	515
Vino	525
Viña	537
<i>Bibliografía general</i>	548
<i>Los símbolos y las fiestas litúrgicas</i>	549

ACEITE (ÓLEO)

El pueblo de la Biblia, viviendo en un espacio geográfico en que era abundante el cultivo del olivo, dio siempre mucha importancia al aceite. Como sucedió con otras muchas cosas de la vida real, el aceite –que se sacaba de la aceituna, fruto de los olivos– fue enriquecido con un profundo simbolismo. Hoy, en la vida, el aceite es esencial para los motores de todo tipo de máquinas, para la perfumería y para la cocina; en la Liturgia se usa en cuatro sacramentos –unción del bautismo, de los enfermos, de la confirmación y de la ordenación– y también en la consagración de iglesias y altares. En la Biblia la unción con óleo se convirtió en uno de los simbolismos más ricos: de la abundancia y de la felicidad, de la curación espiritual, del Espíritu de Dios que desciende sobre los seres humanos, del ambiente divino que debería reinar en el mundo... El sobrenombre de Jesús, Cristo –es decir, ungido–, procede de la unción con óleo que en el Antiguo Testamento era conferida a los reyes, sacerdotes y profetas.

1. SÍMBOLO DE LA ABUNDANCIA Y DE LA FELICIDAD

El pueblo hebreo, al venir del desierto hacia las tierras fértiles y cultivadas, encontró los olivos que daban aceitunas como alimento así como el aceite para las comidas, para la iluminación, para curar heridas y otras muchas cosas prácticas. De ahí que el aceite pasara a designar simbólicamente la prosperidad y la fertilidad (Dt 33, 24; Sal 133, 2). El olivo y el aceite ocupaban un lugar importante en aquella tierra de ensueño que era Palestina (Dt 8, 8-10).

El aceite aparece como una señal de las bendiciones de Dios: «(El Señor) te amará, te bendecirá, te multiplicará. bendecirá el fruto de tus entrañas y el fruto de tu suelo; tu trigo, tu vino, tu aceite» (Dt 7, 13; cf. 2 Re 20, 13). De hecho, el aceite formaba parte de la alimentación diaria y se usaba también en la elaboración del pan (1 Re 17, 14); y, puesto en una lámpara, servía para iluminar las casas (Mt 25, 1-13). El aceite es símbolo de la prosperidad, como di-

ce Job: «Eran los fértiles días de mi otoño... cuando la leche corría en abundancia y el aceite brotaba de las rocas» (Job 19, 4.6).

Este símbolo de la abundancia y de la felicidad aparece también en el salmo 133, 1-2: «¡Qué agradable y delicioso que vivan unidos los hermanos! Es como unguento perfumado derramado en la cabeza, que baja por la barba de Aarón hasta la orla de su vestido».

La unción de la cabeza o de otra parte del cuerpo con aceite tenía que ver con la higiene y con la belleza (Sal 133, 2; 141, 5). En este sentido se llama también «óleo de alegría, o de júbilo» o «perfume de fiesta» (Sal 45, 8; Heb 1, 9). Por eso, no se usaba en momentos de luto o de ayuno (2 Sm 14, 2; Mt 6, 17).

Indica también respeto o agasajo a los huéspedes (Sal 23, 5). Este ha debido de ser el sentido de la unción de los pies de Jesús por parte de la pecadora (Lc 7, 36-50; Jn 11, 2; 12, 3). Asimismo es un signo del amor de los esposos (Cant 1, 12; Jn 12, 1-8).

En relación con el respeto a las personas existía también la «unción de los difuntos». Su fin era conservar la integridad del cuerpo (Gn 50, 2; 2 Cr 16, 14; Mc 14, 3-8; 16, 1); tal debe de haber sido el sentido de la unción del cuerpo de Jesús por parte de las mujeres el sábado de Pascua: «Llegó también Nicodemo... con unos treinta kilos de una mezcla de mirra y áloe. Entre los dos se llevaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas de lino bien empapadas en la mezcla de mirra y áloe, siguiendo la costumbre judía de sepultar a los muertos» (Jn 19, 39-40; cf. Mc 16, 1; Lc 24, 1; Jn 12, 3).

2. SÍMBOLO DE SANACIÓN ESPIRITUAL

En los tiempos bíblicos los medicamentos eran extraídos de la naturaleza. Para curar heridas y, sobre todo, para aliviar el dolor, se usaba a menudo la unción con aceite. Los médicos empleaban el aceite o unguentos hechos a partir del aceite. Al infiltrarse en la herida el aceite produce una sensación de bienestar (Sal 109, 18). Es lo que hace el buen samaritano de la parábola de Lucas (Lc 10, 34; cf. Is 1, 6). Los apóstoles, enviados por Jesús «ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban» (Mc 6, 13 par; Sant 5, 14).

En este caso el aceite es mucho más que un simple remedio material o alivio del dolor físico que atormenta a la persona. Es ante to-

do símbolo de la sanación que Jesús opera, por la fe, en el corazón de los que creían en su palabra. Jesús usó otros símbolos y gestos «sacramentales» (la saliva o la imposición de manos, por ejemplo) indicando la sanación y la transformación interior de la persona.

El caso que mejor ilustra esta afirmación es el de la Carta de Santiago: «Si alguno de vosotros sufre, que ore; si está alegre, que entone himnos. Si alguno de vosotros cae enfermo, que llame a los presbíteros de la iglesia para que oren sobre él y lo unjan con óleo en nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo, el Señor lo restablecerá y le serán perdonados los pecados que hubiera cometido» (Sant 5, 13-15).

3. OFRENDA EN EL TEMPLO

Israel, siguiendo las costumbres de otros pueblos antiguos, presentaba a Dios ofrendas de animales y también de frutos de la tierra. Frecuentemente, el aceite acompañaba estas ofrendas, sobre todo las del pan y la harina (Gn 35, 14; Ex 29, 2.7.23; Lv 2, 4-10).

Este aceite ofrecido a Dios en los sacrificios ardía permanentemente delante del santuario, como ofrenda continua al Señor: «Ordena a los israelitas que traigan para el alumbrado aceite puro de oliva, a fin de alimentar permanentemente la lámpara. Aarón la pondrá delante del velo que oculta el arca del testimonio, en la tienda del encuentro, para que arda mañana y tarde permanentemente en presencia del Señor» (Lv 24, 2-3; cf. Nm 4, 16; Eclo 38, 11).

¿Será éste el origen de la norma de encender una lámpara delante del Santísimo? (cf. símbolo *Luz*).

4. UNCIÓN CON ÓLEO PERFUMADO, SÍMBOLO DEL ESPÍRITU

En el mundo oriental, y en parte debido a problemas de higiene, la abundancia de plantas olorosas dio origen a una gran industria de perfumes. Unos más caros para los ricos; otros, más baratos, para los pobres. ¿Qué relación existe entre perfume y Espíritu santo? Un término muy antiguo dio origen a la palabra *ruah* –que significa viento, aire, espíritu– y también a *reah*, que significa «perfu-

me», espacio perfumado. Pero como en la fabricación de los perfumes entraba siempre el aceite, de ahí la unión entre aceite/óleo perfumado con el Espíritu santo. (Cf. símbolo *Perfumes*).

El masaje o unción con óleo del cuerpo de los guerreros, los atletas y quienes realizaban trabajos pesados es una tradición muy antigua. El aceite, muchas veces mezclado con esencias perfumadas, era absorbido por la piel y daba al organismo vigor y agilidad. La persona revivía. De esta unción profana se pasó a la religiosa.



Samuel unge a David.
Fresco del 244 d.C.
Sinagoga de Dura-
Europos (Siria).

Como las más importantes responsabilidades sociales y religiosas procedían de Dios, se ungía con aceite a los reyes y a quienes habían de asumirlas. Esto sucedía también fuera del contexto bíblico. Así, Sargón I, de Acad, llevaba el título de «ungido por el dios del cielo». En este caso el óleo significaba la autoridad, el poder y la gloria que el dios concedía al rey mediante la unción real: «Llena tu cuerno de aceite y ponte en camino. Yo te envío a casa de Jesé, el de Belén, porque me he elegido un rey entre sus hijos. Samuel preguntó: ¿Cómo voy a ir? Si se entera Saúl, me mata... Invitarás a Jesé al sacrificio, y yo te indicaré lo que tienes que hacer; me ungirás al que yo te diga» (1 Sm 16, 1-3; cf. 2 Sm 2, 3-4).

Siendo el cuerno símbolo de fuerza (1 Re 1, 39; Sal 91, 11), el hecho de transportar el aceite en él parece indicar también el vigor espiritual que el óleo concederá al rey. De este modo, el rey ungido no quedaba consagrado solo para los negocios políticos o militares, sino que era responsable también de la fe de su pueblo, inserto en la

esfera de lo divino. Así han de considerarlo los hombres: «Dios me libre de hacerle (a Saúl) daño alguno, porque él es el ungido del Señor» (1 Sm 24, 7; cf. v. 11; 2, 10; 10, 1; 26, 9).

Gracias a la unción el rey queda poseído por el Espíritu de Dios: «Jesé mandó a por él. Era rubio, de hermosos ojos y buena presencia. El Señor dijo: Levántate y úngelo, porque es éste. Samuel tomó el cuerno del aceite y lo ungió en presencia de sus hermanos. El espíritu del Señor entró en David a partir de aquel día» (1 Sm 16, 12-13; cf. 24, 7.11; 26, 11.16.23; 2 Sm 1, 14.16; 19, 22; Sal 89, 21).

La unción de los reyes se realizaba en el templo y constituía la primera parte del ceremonial de la coronación (2 Re 11, 11-12; cf. 1 Re 1, 33-34), de la que hablan algunos salmos (Sal 45). El ungido quedaba separado del resto de los hombres; era un escogido de Dios para una función especial en favor de la comunidad de Israel. Era separado de lo profano para quedar dentro del dominio de lo sagrado.

Esta idea de la separación de lo profano, o de la consagración a Dios, está presente en el ritual de «consagración de los sacerdotes»: «Haz que Aarón y sus hijos se acerquen a la tienda del encuentro y, cuando estén lavados con agua, toma los ornamentos... Toma el aceite de la unción y derrámalo sobre su cabeza para ungiarlo» (Ex 29, 4-7; cf. 40, 12-15).

De esta manera la unción con óleo coloca al ungido en un estatus superior, en la esfera de lo divino: «En cuanto al sumo sacerdote, el mayor entre sus hermanos, sobre cuya cabeza fue derramado el óleo de unción, y que fue consagrado para llevar las vestiduras sagradas, no llevará el pelo desgreñado ni rasgadas sus vestiduras» (Lv 21, 10). Por este motivo, la Iglesia, en el ritual del sacramento del orden, continúa ungiendo con óleo a los sacerdotes.

Algo semejante puede decirse de «la unción de lugares y objetos sagrados». Desde tiempos remotos, dicha unción significaba la consagración de objetos y lugares a las divinidades paganas llevada a cabo por los antiguos habitantes de Canaán. Este es el sentido de la unción por Jacob de la piedra de Betel como lugar reservado a Dios: «Tomó la piedra que se había puesto por cabezal, la erigió a modo de estela y derramó aceite sobre ella. Y llamó a aquel lugar Betel —es decir, casa de Dios—; antes la ciudad se llamaba Luz... Esta piedra que he levantado a modo de estela será la casa de Dios; y de todo lo que me des te daré el diezmo» (Gn 28, 18.22; cf. 31, 13).

La unción de una persona o un objeto indicaba que era substraída de su función profana para pasar a una función divina. Más tarde este culto de la unción de piedras y otros objetos será terminantemente prohibido por apartar a las personas del verdadero culto a Dios (Ex 34, 13; Dt 12, 3; 2 Re 18, 4). Tal es el origen de la unción por la Iglesia de los altares, edificios y objetos dedicados al culto.

El altar mayor de las iglesias es consagrado con óleo por el obispo, a semejanza de la unción del altar del templo de Jerusalén por Moisés: «Tomó el óleo de la unción, ungió la morada y la consagró con todo lo que había en ella. Hizo siete aspersiones sobre el altar, lo ungió y lo consagró con todos los utensilios, así como la pila y la peana. Derramó el óleo de la unción sobre la cabeza de Aarón y lo ungió para consagrarlo» (Lv 8, 10-12; cf. 14, 10-29; Ex 40, 10-11).

El aceite que alimenta las lámparas es todavía hoy símbolo del Espíritu, porque ilumina el corazón de los creyentes (sobre las leyes acerca de la unción, véase el hermoso texto de Ex 30, 22-38).

5. EL REY FUTURO (EL MESÍAS) ES EL VERDADERO UNGIDO DE DIOS

El término castellano «ungido» corresponde al hebreo *messias* y al griego *cristo*. De ahí que ungiendo, mesías y Cristo son exactamente lo mismo. La unción regia de David se extiende a toda su dinastía, como dice el profeta al rey: «Tu dinastía y tu reino subsistirán para siempre ante mí y tu trono se afirmará para siempre» (2 Sm 7, 16). Esta profecía es el principal fundamento del título de Mesías-Cristo atribuido a Jesús en el Nuevo Testamento.

Así, los descendientes de David serán ungidos y considerados representantes de Dios en medio de su pueblo. Esto dio pie a liturgias de consagración de los reyes y a hermosos himnos:

Por eso te alabo entre los pueblos,
por eso, Señor, canto a tu nombre.
Tú aseguras al rey la victoria,
y otorgas tu favor a tu ungiendo,
a David y a su estirpe para siempre (2 Sm 22, 50-51).

Unos 700 años antes de Cristo, el profeta Isaías, al ver la decadencia de la dinastía davídica, proclama que vendrá un Ungido, un

Rey definitivo. El rey era el juez supremo de su pueblo. Por eso el Mesías es presentado aquí con un vocabulario de sabiduría, es decir, como rey-ungido (mesías) que posee el espíritu de sabiduría para poder juzgar según el espíritu de Dios:

Saldrá un renuevo del tronco de Jesé [padre de David]
 un vástago brotará de sus raíces.
 Sobre él reposará el espíritu del Señor:
 espíritu de inteligencia y sabiduría
 espíritu de consejo y valor,
 espíritu de conocimiento
 y temor del Señor (Is 11, 1-2).

Para los evangelistas, es decir, para las primeras comunidades cristianas, Jesús es el *Cristo*, aquel al que el Señor ha «ungido» para siempre, el Mesías. Así lo proclaman los discípulos en su primera afirmación de fe: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16; cf. Mc 8, 29; Lc 9, 20; Jn 6, 68).

En la línea de todos los *ungidos* del Antiguo Testamento –sacerdotes y reyes– Jesús viene como *el Ungido* por excelencia, dotado de cualidades divinas. Su unción ya no es con el aceite ordinario de los olivos, que apenas orientaba hacia una unción espiritual. Jesús es ungido con el mismo Espíritu que viene del cielo. Por eso, en el bautismo, al salir del agua, Jesús es ungido por el Espíritu santo para ejercer cabalmente su actividad del Mesías, del Ungido prometido (Mt 3, 13-17; Mc 1, 9-12; Lc 3, 21-22; Jn 1, 31-34). Este descenso del Espíritu sobre Jesús indica que terminó el tiempo de la unción con óleo y comenzó la nueva era de la «unción del Espíritu».

Así lo afirma Pedro con ocasión de la conversión de Cornelio: «Él envió su palabra a los hijos de Israel, anunciando la buena noticia de la paz por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos. Ya conocéis lo que ha ocurrido en el país de los judíos, comenzando por Galilea, después del bautismo predicado por Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret a quien Dios ungió con Espíritu santo y poder» (Hch 10, 36-38; cf. 4, 24.26-27 = Sal 2, 2; Heb 1, 9 = Sal 45, 8).

Por su parte, Jesús, en el discurso inaugural en la sinagoga de Nazaret, se presenta como el Ungido, el rey-sacerdote que viene a proponer una amnistía universal. El programa de su actividad profética (1 Re 19, 16) y sacerdotal tiene cinco puntos:

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos; a libertar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4, 18-19).

De hecho, el sumo sacerdote, en el momento de su unción sacerdotal, podía declarar una amnistía lo mismo que el rey (Nm 32, 25). Por tanto, Jesús es el verdadero Ungido-Mesías, porque reúne en sí la unción regia, sacerdotal y profética. Así lo afirma en el momento más solemne de la pasión, en el tribunal judío: «Te conjuro por Dios vivo; dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios. Jesús le respondió: Tú lo has dicho» (Mt 26, 63-64 y par).

6. EL CRISTIANO ES UN UNGIDO POR EL ESPÍRITU

En el bautismo se unge con óleo el pecho y la frente del bautizado. No se trata de un simple gesto ritual y mágico, sino de un símbolo de «la unción del Espíritu» que Jesús nos indicó en su bautismo de agua y nos mereció y legó con el bautismo de su sangre.

Si el óleo era absorbido por la piel para transmitir al cuerpo vigor y vida, con el bautismo del Espíritu santo esa vida renovada y esa fuerza penetran hasta lo más íntimo del corazón de aquel que se ha dejado convertir por la palabra de Jesús. Sabemos que «cristiano» viene de «Cristo-Ungido». Por ello el cristiano es un ungido con el Espíritu de Jesús. En Juan la unción indica que el cristiano tiene el Espíritu de Jesús y, por tanto, goza de plena capacidad para conocerlo. San Pablo expresa esto mismo cuando dice: «Es Dios quien a nosotros y a vosotros nos mantiene firmemente unidos a Cristo, quien nos ha consagrado, nos ha marcado con su sello y nos ha dado su Espíritu como prenda de salvación» (2 Cor 1, 21-22).

La Primera carta de Juan insta a conservar esta unción del Espíritu: «Vosotros... tenéis el Espíritu (lit. la unción del Espíritu) que viene de Dios y lo sabéis todo... El Espíritu (la unción) que habéis recibido de él permanece en vosotros y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; antes bien, ese Espíritu (su unción) que es fuente de verdad y no de mentira, os enseña todas las cosas. Así pues, permaneced en él, conforme a lo que os enseñó» (1 Jn 2, 20.27).

El Espíritu de Pentecostés que Jesús resucitado envió es la mayor prueba de que la Iglesia es la comunidad de los ungidos por el nuevo óleo —el Espíritu santo— que hace de nosotros un pueblo de sacerdotes, profetas y reyes (Ex 19, 6; 1 Pe 2, 5.9; Ap 1, 6; 5, 10; 20, 6).

El sacramento de la confirmación, es decir, de la *unción*, expresa la fuerza de este don supremo del cielo que es el Espíritu santo para hacer de aquel que fue ungido en el bautismo un soldado al servicio del reino. En una palabra, el cristiano ungido por el óleo del bautismo, de la confirmación, del sacerdocio o de la unción de los enfermos es declarado por ese mismo hecho miembro de Cristo sacerdote, profeta y rey.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS

PARA LA REFLEXIÓN

1. El aceite es una de las materias más útiles en la sociedad moderna, más incluso que en el tiempo en que la Biblia fue escrita. Descubrir en qué sectores de la actividad humana la usamos.
2. En la liturgia el óleo ocupa un lugar importante, sobre todo en el bautismo y la confirmación. ¿Qué sentido tiene en estos sacramentos?
3. ¿Cómo se preparan las personas para el bautismo y para la confirmación en nuestro ambiente (parroquial u otro)?

PARA LA CELEBRACIÓN

1. *Ambientación*. El grupo se reúne alrededor de la Biblia iluminada por una lámpara de aceite. Se canta un canto apropiado.

2. *Celebración de la Palabra*, con algunos de estos textos:

- El aceite símbolo de abundancia y de felicidad: Dt 7, 13; 8, 8-9; 33, 24; 1 Re 17, 14; 2 Re 20, 13; Job 29, 6; Sal 133, 1-2.
- Óleo de la belleza y de la alegría: 2 Sm 14, 2; Sal 45, 8; 133, 2; 141, 5; Heb 1, 9; Mt 6, 17.
- Unción del huésped como signo de acogida: Sal 23, 5; 7, 36-50; 12, 3.
- Unción, señal de consideración por los difuntos: Gn 50, 2; 2 Cro 16, 14; Mc 16, 1; Lc 23, 56-24, 1; Jn 19, 39-40.
- Óleo de sanación: Sal 109, 18; Mc 6, 13; Snt 5, 13-15.
- Óleo para los sacrificios: Gn 35, 14; Ex 29, 2; Lv 2, 4-10; 24, 1-4; Nm 4, 16; Eclo 38, 11.